

que hoy se observan en el uso de tecnologías digitales". Llevamos años oyendo tal cantinela, en boca de quien no sabe y que por oculta envidia desprecia, como en la fábula de la zorra que dice ver verdes las uvas que no alcanza.

En este mundo de dominante racional-funcionalista, ignorante y pragmático, donde la falta de cultura activa el dogmatismo para autojustificarse, es loable una voluntad que "pretende reconocer y poner en valor a los aspectos subjetivos, arbitrarios y no cuantificables que existen en las decisiones de diseño". Sin embargo, la subjetividad, la arbitrariedad y lo no cuantificable en verdad no lo es tanto. Al profundizar en cada decisión tomada, siempre aparecen fuerzas concretas, "cuantificables", que empujan. Hasta la presunta arbitrariedad más descarada está guiada por la inteligencia emocional del sujeto en su trabajo. Por muy secretas que nos parezcan aún las decisiones del corazón, de la psique, del alma, o llámesele como se quiera, no son más arbitrarias que las de la razón.

Así, quedaría todo en una mera discusión terminológica, por la precipitación del ser humano al comunicarse –y al conocerse a sí mismo– sin rigor. Pues, tan arbitraria es una falsa objetividad digital como una falsa objetividad cartesiana de quien escoge una esfera, un tetraedro o un cubo. Y por tanto, tan arbitrario es dejarse llevar por geometrías simples, aunque limiten las arbitrariedades, como igualmente limitarlas dejándose llevar por las ecuaciones matemáticas integradas en el *software* que sea. En realidad, ambas vías –digital y cartesiana– nos ofrecen la seguridad de limitar nuestras propias aparentes arbitrariedades.

Quedaría comentar el tan difundido e incorrecto uso de las palabras "modemista(s)" y "escultórico(s)". Propiciado por quienes –dicho sea con algo de divertida ironía– no han leído las páginas 112-114 del libro *AL MARGEN: ESCRITOS DE ARQUITECTURA* (Abada Editores, Madrid, 2009). Hasta respetados profesores y críticos siguen tal equívoco, que parece ya no podrá extirparse

ARBITRARIEDAD, AÚN...

ALBERTO T. ESTÉVEZ

ESARQ Barcelona, España

Nunca está de menos un canto a favor de los términos más "perseguidos" por el *establishment* mayoritario y monopolizante de la arquitectura: emoción, expresividad, belleza, o –en este caso– arbitrariedad. Si bien, rancia es la cuestión de las "arbitrariedades formales

nunca. Por un lado, la gran confusión entre los hispanoparlantes de los términos modernista-moderno/modernismo-modernidad, debido en gran parte a las erróneas traducciones de publicaciones anglosajonas. O por otra parte, la babel entre escultura y arquitectura, proveniente de los prejuicios racional-funcionalistas. Los que aspiren a cierta seriedad deben ya ponerle coto a esto, y enseñar (exigirl), a que se hable con propiedad. (También la palabra "metáfora" se encuentra demasiado repetida en una aplicación excesivamente laxa, tampoco del todo correcta).

Por cierto, desde la humanización de la arquitectura, el expresionismo, el surrealismo, el informalismo, el organicismo, el regionalismo crítico, el contextualismo, etc., mucho antes del "posmodernismo y las tendencias arquitectónicas que le siguieron", hubo siempre personajes, ideas y tendencias que matizaron la "arquitectura funcionalista y objetiva". Solo hay que seguir con finura el auténtico hilo de la historia, sin dejarse llevar por los tópicos que nos la explican.

Y es que para progresar más y mejor hay que zafarse de las convencionalidades de la escena. Que emergen hasta al decir que "desafían la geometría cartesiana, usualmente con extravagancia". ¿Extravagancia? Ante la organicidad de la naturaleza, millones de años más vieja y eficiente, más extravagante es un cúmulo de cajas cuadradas: para recuperar el norte perdido en la destrucción de nuestro planeta hay que volver al origen, y ese es la naturaleza.